

## ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i> .....	9
<i>Prólogo</i> .....	11
<i>Introducción: Mujeres e Historia</i> .....	13
<i>Capítulo I. Arte: SOFONISBA ANGUISSOLA: LEYENDA Y PINTURA. Amparo Serrano de Haro Soriano</i> .....	19
<i>Capítulo II. Arquitectura: UTOPIA Y REALIDAD. MUJERES MENDOZA CONSTRUCTORAS DE LA CIUDAD RENACENTISTA. Esther Alegre Carvajal</i> .....	45
<i>Capítulo III. Mecenazgo: DINASTÍA: REINAS MECENAS EN LOS ALBORES DEL HUMANISMO. Ana Echevarría Arsuaga</i> .....	67
<i>Capítulo IV. Literatura: EL ENCIERRO FEMENINO COMO IDEAL: SANTA TERESA, CERVANTES Y DOS TRATADOS. Ignacio Díez Fernández</i> .....	91
<i>Capítulo V. Lecturas: HACIA LA NORMALIDAD LECTORA: DE LOS USOS DEL LIBRO ENTRE LAS MUJERES DE LA NOBLEZA CASTELLANA (SIGLOS XVI Y XVII). José Manuel Prieto Bernabé</i> .....	117
<i>Capítulo VI. Humanismo: LA NAVE DE LAS LOCAS. MUJER Y HUMANISMO. Palma Martínez-Burgos García</i> .....	149
<i>Capítulo VII. Nobleza: MUJERES Y CULTURA NOBILIARIA EN EL SIGLO DE ORO HISPANO: DOÑA MARÍA DE GUEVARA, CONDESA DE ESCALANTE. Ignacio Aienza Hernández</i> .....	165
<i>Capítulo VIII. Iconografía: VENUS EN EL JARDÍN. Victoria Soto Caba</i> .....	189

## CAPÍTULO V

# HACIA LA NORMALIDAD LECTORA: DE LOS USOS DEL LIBRO ENTRE LAS MUJERES DE LA NOBLEZA CASTELLANA (SIGLOS XVI Y XVII)

José Manuel Prieto Bernabé  
*Investigador del Consejo Superior  
de Investigaciones Científicas*

A la hora de valorar las posiciones intelectuales de ciertos colectivos sociales españoles durante los siglos XVI y XVII y tomando como punto de referencia los usos y representaciones generados, hasta el momento, por el mundo de la cultura escrita, sería reiterativo por nuestra parte insistir en los progresos historiográficos conseguidos durante las últimas décadas. De ese conjunto, tomando a la mujer como sujeto histórico, y en todo lo concerniente a sus diferentes niveles de alfabetización, relaciones con los textos, prácticas y ambientes de lectura y escritura, así como de las vinculaciones con lo oral e icónico-visual, incluso con la formación de los diferentes canales de transmisión de las ideas, los resultados, en este momento, alcanzan desarrollos más que notables<sup>1</sup>.

En estas líneas pretendemos acercarnos al papel que ejerció el material escrito (principalmente, el libro impreso) en la formación lectora de la nobleza femenina castellana durante el siglo XVI y primera mitad del siglo XVII, y aproximarnos a la creación de sus respectivos depósitos bibliográficos. Dos argumentos de análisis que, gracias a la singular representación de las condiciones de lectura mostradas por los inventarios notariales y, en concreto, por el valor de referencia del modelo de la ciudad de Madrid durante el periodo comprendido entre 1550 y 1650, nos permitirán obtener algunos testimonios y conclusiones sobre el asunto.

Nuestro planteamiento se organiza en torno a tres cuestiones centrales: por un lado, acercarnos a la representación oficial educativa y discursiva impuesta a la

---

<sup>1</sup> La mejor referencia sobre el actual panorama bibliográfico dedicado a la cultura escrita femenina se encuentra en la obra de Cátedra, Pedro y Rojo, Anastasio: *Bibliotecas y lecturas de mujeres durante el siglo XVI*, Salamanca: IHLL, 2004, pp. 407-429. Y desde una visión más de conjunto: González de la Peña, M.<sup>a</sup> del Val [et al.] (coordinadoras): *La historia de las mujeres: una revisión historiográfica*, Valladolid: Universidad de Valladolid, 2004.

mujer por parte de la sociedad altomoderna; por otro, incidir en el valor del concepto de lectura efectiva femenina, profundizando en las capacidades intelectuales y gustos literarios de ciertas mujeres dentro del estamento nobiliario y, por último, determinar el alcance bibliográfico de algunos géneros literarios en sus respectivas bibliotecas.

Para empezar, y desde un análisis muy general, conviene tener en cuenta que aunque nuestro objetivo se centre en la singularidad de las bibliotecas femeninas de la nobleza (tal vez, sólo en algunos de sus libros), resulta incuestionable que en todo lo que se refiere a las prácticas de lectura y usos del libro durante la Edad Moderna —asunto, a la sazón, imposible de abarcar en el reducido ámbito de estas páginas—, apenas pueden establecerse diferencias significativas entre las inercias y modelos empleados por lectoras-poseedoras de ascendencia noble, de las practicadas por otras mujeres que, al margen del estamento, progresaron en similares aptitudes. Al menos durante los siglos XVI y XVII estas particulares condiciones de lectura motivadas bien por el placer como por la necesidad, mantuvieron en todo momento más semejanzas entre sí que diferencias.



Con la llegada en el último tercio del siglo XV del nuevo arte de imprimir se generaron importantes cambios culturales en todos los órdenes. La pronta multiplicación y abundancia de los objetos impresos permitió respirar nuevos aires de conocimiento iniciándose significativos cambios en los sistemas de difusión de las ideas. Los vínculos culturales entre los diversos sectores sociales, las relaciones políticas, económicas y de cualquier otro signo, hallaron en el mundo de la letra de molde una nueva plataforma de expresión que, desde sus primeros años de andadura, fue adquiriendo posiciones de mayor credibilidad y progreso. Los libros que surgieron del nuevo arte de imprimir, aun sin dejar de ser económicamente inaccesibles para amplias capas de la sociedad, rebajaron sus precios permitiendo fomentar unos hábitos de lectura y repercutir en los niveles colectivos de la alfabetización de una población principalmente urbana.

El fondo del asunto apunta a que las posibilidades comunicativas que ofrecía el llamado «uso del escrito» a través del libro impreso como principal objeto de lectura, fueron cada vez mayores llegando a cautivar a una sociedad que no dudó en participar y concurrir de manera más decidida en todas las evoluciones intelectuales de su tiempo.

Y en ese contexto, la nobleza se erigió en uno de los estamentos más aventajados, sobre todo cuando llegó a valorar la merma de privilegios pluriseculares que respecto de los representantes de la Iglesia fueron dejando de atribuirse durante la crisis bajo medieval y, en consecuencia, de constatar, ahora, cómo un apreciable sector de la aristocracia cortesana prefería aplicarse en los valores derivados del prestigio del saber y no sólo en aquellos que llevaban aparejados los propios de la sangre y el linaje.

Entre otros pormenores, se supieron sobrellevar, no sin dificultades, la concordancia entre dos conceptos secularmente enfrentados: las armas y las letras y, en consecuencia, entre las dos maneras de entender la propia función nobiliaria: los que pensaban que el privilegio de ser noble era una condición que podía mejorarse a través de la instrucción y el estudio, frente a los que defendían que tan sólo acudiendo a las prerrogativas de nacimiento y estado, y sin necesidad de frecuentar los rudimentos de la lectura y escritura, bastaba para desempeñar un buen gobierno señorial y ofrecer un adecuado servicio al rey.

La situación vino a confirmar una reveladora alteración cultural al tratarse de un momento, como señalamos, en el que los nobles ansiaban ganar posiciones para entrar en corte, pero ahora sin acudir exclusivamente a los modos caballescrescos que estipulaba el propio linaje. En el periodo comprendido entre las décadas finales del siglo XV y las primeras del XVI, la vida cortesana estaba cambiando y se imponía la madurez y el convencimiento del añadido valor que atesoraba el mundo de la cultura escrita, y, en consecuencia, de tener la posibilidad de demostrarlo con el manejo de las disciplinas propias de la alfabetización<sup>2</sup>.

La cultura basada en el testimonio escrito pronto se arrogó un espacio representativo en donde se empezaba a considerar el saber de los textos como el ideal para conocer y dar a conocer y, sobre todo, como corolario para ganar más peso cerca del rey, o, en su caso, de la reina. Y, en ese sentido, se empezó a valorar al libro (ya en su mayoría impreso) como el legado necesario para el fomento de la lectura y de la escritura, de la consulta, de la compilación, así como de la propia

---

<sup>2</sup> Santiago Martínez Hernández, «Memoria aristocrática y cultura letrada: usos de la escritura nobiliaria en la Corte de los Austrias», en *Cultura Escrita & Sociedad*, n.º 3, 2006, pp. 58-112. Más perfiles sobre el tema en Fernando Bouza: *Palabra e imagen en la corte. Cultura oral y visual de la nobleza en el Siglo de Oro*, Madrid: Abada Editores, 2003; y del mismo autor: «Leer en Palacio. De *Aula gigantium* a museo de reyes sabios» en Cátedra, Pedro y M<sup>a</sup> Luisa López-Vidriero (dirs.): *El Libro Antiguo Español*, III, *El libro en Palacio y otros estudios bibliográficos*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1996, pp. 29-42; y «Escribir en la corte. La cultura de la nobleza cortesana y las formas de comunicación en el Siglo de Oro», en *Vivir el Siglo de Oro. Poder, cultura e historia en la época Moderna*. Estudios en homenaje al profesor Ángel Rodríguez Sánchez, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2003, pp. 77-99.

erudición y representación social. Al menos, se convirtió en una herramienta que a través de su manejo y depósito permitió que las bibliotecas particulares, patrimoniales e institucionales se erigieran en los más importantes baluartes ideológicos de sus titulares, es decir, en espacios de memoria, en estancias de interés para estudiosos, en lugares distinguidos para la confrontación de ideas, incluso en establecimientos de recogimiento, negocio y entretenimiento.

En resumen, en ambientes de autoridad, prestigio y favor, pero ahora, desde la atalaya que venía imponiendo la herencia formativa e informativa del conocimiento<sup>3</sup>.

En ese sentido, las grandes librerías nobiliarias —entendidas no sólo como espacios de estudio, sino también de exhibición, cortesía e intercambio— fueron, a su vez, portadoras de otros mensajes de sociabilidad. Es decir, muy en semejanza a lo que en paralelo pudieron simbolizar en la época las fiestas, los banquetes, las cacerías o los jardines en donde los señores también comunicaban y representaban. Y en esa dinámica de convivencias y civilidades de la imagen cultural y, de algún modo, de la reivindicación de la inteligencia, también estuvo la mujer, y en particular la que tuvo la fortuna de gozar de una instrucción adecuada y, sobre todo, de pertenecer al alto estamento.

Dejando al margen las excepciones, que las hubo, conviene indicar que las etapas básicas de la formación letrada de la mujer (preferentemente noble), durante el Renacimiento, se efectuaron dentro de una doble y general perspectiva: el elemental aprendizaje lector y la imprescindible instrucción religiosa. Dos directrices humanistas dirigidas a que las niñas consiguieran descifrar la letra escrita y obtuvieran los conceptos necesarios para una íntegra formación religiosa y ético-moral. Sin apartarnos de ese binomio, tan sólo incidir en el hecho —no siempre identificable con el particular gineceo aristocrático— de que el panorama de la

---

<sup>3</sup> De los muchos testimonios que existen sobre la firme voluntad de legitimación de la memoria por parte de la nobleza al dejar vinculadas a sus sucesores las respectivas bibliotecas, está el del condestable de Castilla Juan Fernández de Velasco cuando, en 1608, firma una escritura de capital en la que vincula al mayorazgo su armería y librería, y ordena a esta última que se la dé un adecuado aposento. «Ítem porque los sucesores de mi casa tengan memoria y se acuerden, que así como las dos cosas principales con que se adquiere la nobleza y se conserva son las armas y las letras, quiero y mando en señal de esto, que esté siempre vinculada en el mayorazgo de mi casa la armería que dejo y también toda la librería que tengo. Lo cual ordeno y mando que se ponga en un aposento conveniente de los de mis casas de Burgos con todas las demás cosas tocantes a la librería y estudio». Gregorio de Andrés, «La biblioteca manuscrita del Condestable Juan Fernández de Velasco (+ 1613)», en *Cuadernos Bibliográficos*, 40 (1980), pp. 5-22. Citado por Ana Martínez Pereira, «Historia de la formación y evolución de las bibliotecas» en *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*, bajo la dirección de Víctor Infantes, François Lopez y Jean-François Botrel, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003, p. 118.

mujer respecto a la cultura escrita siempre estuvo marcadamente sometido por las peculiaridades impuestas del modelo de sociedad vigente: patriarcal y jerárquico. Un estándar social en el que desde un plano estrictamente dogmático, y sin embargo socialmente aceptado, se consideraba superfluo que madres, esposas e hijas contaran con una preparación letrada —incluso primaria— a la hora de ejercer las funciones familiares y sociales a ellas asignadas. Recordemos cómo el mismo Fray Luis de León, en su afán de exaltación del matrimonio y de la vida familiar, planteaba en *La perfecta casada* la necesidad de adiestrar a las niñas en el denominado «oficio doméstico», al objeto de que alcanzaran a ser intachables esposas, buenas madres y laboriosas amas de casa.

Tal y como estaba estructurada la sociedad del momento (aunque siempre sea arriesgado generalizar) casi el único espacio competencial de la mujer era adaptarse al pensamiento dominante y quedar invariablemente refugiada por los demás, ya fuera la familia, el matrimonio o el claustro<sup>4</sup>. De este modo, resultaba socialmente establecido que en el papel femenino de transmisión educativo —infundido, por atávicas imágenes y ancestrales modelos de comportamiento—, se desarrollaran únicamente destrezas mecánicas y casi nunca intelectuales. Si se prefiere: mejor habilidades domésticas o familiares que públicas o institucionales<sup>5</sup>. Y, sin embargo, a pesar de ese estricto control ideológico impuesto a través del aprendizaje, llama la atención cómo la imagen de la mujer en su actividad de madre-instructora o madre-lectora fue desde la Edad Media un frecuentado icono cristiano. Así pueden contemplarse no pocas representaciones en donde la Virgen María se muestra sosteniendo un libro delante del Niño Jesús enseñándole a leer. Una faceta de ama-educadora que, desde antiguo y en el ámbito de casa, se la requirió para alfabetizar y adoctrinar a los hijos durante los primeros años de vida<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Segura Cristina Graiño, «La cultura femenina en los márgenes del pensamiento dominante», en *Relegados al margen: marginalidad y espacios marginales en la cultura medieval*, Madrid: CSIC, 2009, pp. 93-100.

<sup>5</sup> Al respecto, un testimonio literario suficientemente ilustrativo nos lo ofrece Mateo Alemán en su *Guzmán de Alfarache* (Lib. III, cap. I) cuando sentenciaba: «Y como el tocino hace la olla y el hombre la plaza, la mujer, la casa».

<sup>6</sup> Cristina Cuadra García [et al.], «Notas a la educación de las mujeres en la Edad Media», en *Las sabias mujeres: educación, saber y autoría (siglos III-XVIII)*, Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna, 1994, pp. 42 y ss. A este respecto, rescatamos el testimonio de la beata María de Cristo: «Fueme criando mi madre con mucha educación, enseñándome la doctrina cristiana con su explicación, y a leer, con que a los siete años de mi edad enseñaba yo a leer y a rezar a los niños que andaban por allí [...]. A escribir no me enseñaron, porque mi padre no quiso, que decía que las mujeres no habían menester saber escribir; pero el Señor me daba grandísima inclinación a ello [...]. He sido muy amiga de buenos libros [...]. Citado por María Isabel Barbeito Carneiro, *Mujeres y literatura del Siglo de Oro: espacios profanos y espacios conventuales*, Madrid: [s.e.], 2007, p. 54. Con especial referencia al proceso de aprendizaje de las primeras letras en la mujer medieval, véase: María Elisa Varela-Rodríguez, «Aprender a leer, aprender a escribir: lectoescritura femenina (siglos XIII-XV)» en M.<sup>a</sup> del Val González de la Peña (coord.): *Mujer y cultura escrita. Del mito al siglo XXI*, Gijón: Ediciones Trea, 2005, pp. 59-74.